

los celestes, me encienda todo en sus llamas bienaventuradas, me inflame todo en sus ardores divinos, y me consuma constantemente delante de Vos como un perfecto holocausto, que, comenzado en este país miserable de lágrimas y dolores, se termine felizmente en la verdadera patria, donde Teresa de Jesús y todos los Santos han encontrado el complemento, la seguridad, la perfección y la eterna perpetuidad de su amor. Así sea.



VISITA XX

Sexto dardo de amor á Dios.

¡Oh Dios de ¡amor! ¿Hasta cuándo lograré verme unido á Vos de la manera más íntima, la más estrecha é inmutable? ¿Cuándo veré ya siempre fijo en Vos este corazón, tan inquieto é inconstante, que pasa por todas las criaturas sin encontrar jamás en ellas descanso ni reposo? ¿Cuándo me veré engolfado, perdido y abismado en el piélago sin fondo ni riberas de vuestro amor? ¿Cuándo me cansarán estas mil vanidades que me rodean, estas mil locuras que nos entretienen, estas humanas vicisitudes que nos arrastran, causándome un tedio supremo y una verdadera aflicción, que

me hagan convertirme á Vos para siempre, como á la única fuente de mi consuelo y alegría?

¡Ah Señor! Todos los días os estoy diciendo que Vos amo, que os sois el único dueño de mi corazón y de mi alma; que no tengo otros deseos ni otras ansias, sino las de verme abismado en vuestro amor; que no quiero hablar ya de nada sino de Vos, ni pensar en otra cosa que en Vos, ni tomar por objeto de mis empresas otra cosa distinta de Vos. Así os lo digo, amable Salvador mío, y cuando os hablo de esta manera, creo decir la verdad pura y entera; pero, Señor, mis obras están continuamente retractando mis palabras; mi flaqueza se rebela siempre contra mis más solemnes promesas, y el amor propio, este enemigo doméstico para mí casi invencible, me hace estar temiendo siempre que el amor que os profeso nada tenga de realidad, y que en él no haya más de verdadero que su

inutilidad é ineficacia. Pero no es así como yo quiero amaros ¡oh Señor y Dios mío! Yo sé que véis muy bien los más secretos pliegues de mi corazón, y que un sentimiento falso, lejos de engañaros y complaceros, no haría otra cosa que enojaros y acarrear vuestra ira sobre nuestras cabezas; yo quiero, pues, amaros con toda verdad y eficacia; quiero amaros como os amaban los primeros cristianos, dispuestos siempre á responder con su vida de su amor como de su fe; quiero amaros con un amor que me santifique, que me haga crecer en las virtudes de mi estado, que me infunda un gran celo por la salvación de mis hermanos, y me haga hacer obras proporcionadas á la fuerza secreta de vuestra gracia, que nunca puede estar ociosa en los corazones.

Hasta ahora yo no miro dentro de mí estas dichosas cualidades, que revelan, en su aparición y en su aumento, la existencia y el ardor del fuego

de vuestro amor en nuestras almas; por eso os pido que me las déis, porque deseo amaros con un amor verdadero, eficaz é inextinguible.

Es cierto que algunas veces me habéis hecho experimentar unos vivísimos deseos de que todos os amen, os sirvan y os conozcan; es verdad que algunas veces os he rogado con toda mi alma que hagáis escuchar vuestra voz divina á muchas almas que os corresponderán con fidelidad, á muchos corazones que parece sólo aguardaban, para encenderse, un soplo vivificante de vuestra boca; que libertéis del pecado á tantas almas que andan alegres bajo su pesada cadena, y que mováis en vuestro favor á una multitud tan copiosa que, no sólo vive sin Vos, sino contra Vos, y que no sólo no os conoce, sino que, á pesar de conoceros, os ultraja y os desprecia; es cierto que muchas veces os he dicho con un Profeta celoso y amante de vuestra gloria: «Señor,

aquí me tenéis en vuestra presencia, con toda mi indignidad, mi miseria y mi vileza, pero lleno de ardientes deseos que vuestra misma mano ha colocado en mi pobre corazón; si tenéis á bien serviros de un instrumento tan inútil; si no habéis olvidado vuestra admirable economía en el uso que hacéis de lo más flaco y débil para confundir á los fuertes; si vuestra mano no se ha abreviado todavía sobre vuestro pueblo, y aún tenéis dispuesto en vuestros eternos consejos el usar de vuestro poder para reanimar en el mundo la llama de vuestro amor, pronta á apagarse con la de la fe; si queréis serviros para estos grandes designios de una criatura tan baja é inútil como yo, aquí estoy; vedme presto á dejarme gobernar por vuestras manos, y á caminar por donde quiera que os dignáreis enviarme.» *Ecce ego, Domine, mitte me.*» (Isai.) Todo esto os he dicho y os lo vuelvo á repetir con toda mi

alma; pero, Señor, entonces, como ahora, mis disposiciones son enteramente insuficientes; entonces, como ahora, temo mucho que estos sentimientos no sean deseos verdaderos, emanados de un amor real y eficaz, sino ilusiones insubsistentes del amor propio, y frutos de una devoción puramente sensible. Por eso os pido ahora, con toda instancia, que me déis un amor eficaz y verdadero, que me inspire unos pensamientos verdaderos, que no aguarden más que la ocasión y vuestra voluntad para ejecutarse; un amor sincero que me haga cumplir con un santo fervor aun las más menudas obligaciones de mi estado; porque ¿no sería una locura el estar ardiendo en deseos de hacer grandes cosas por vuestro servicio, y ser tan infiel en el cumplimiento de las pequeñas, pero más obligatorias? ¿Tener ansia de padecer trabajos crecidos, con dulzura, por vuestra Majestad, y no llegar á sufrir ni siquie-

ra con paciencia los pequeños contratiempos de la vida ordinaria y de familia? ¡Oh Señor! En todo os deseo servir igualmente: en lo grande para mostraros la grandeza de mi amor, y en lo pequeño para manifestaros su fidelidad; deseo serviros lo más que pueda en la grande obra de la santificación de las almas, y deseo amaros de manera que vuestro amor al mismo tiempo me consuma, y consuma á los demás en sus sagrados ardores; deseo amaros, no con un amor lánguido y frío, sino con el amor ardiente, impetuoso é inefable de los Santos; deseo amaros como mi especialísima abogada Santa Teresa de Jesús: dadme, Señor, un amor semejante al de esta grande Santa, no en los preciosos y sobrenaturales favores con que en ella la acompañabais y hacíais aumentarse, sino en aquella humildad profunda, en aquel celo ardiente de la salvación de las almas, en aquella intensidad maravillosa, en aquella

eficacia divina que produjo tan celestiales efectos. Dadme este amor ¡oh Dios mío! y me habréis hecho el favor más precioso, después del cual no aguardaré ya otra cosa que la interminable posesión de vuestra gloria. Así sea.



VISITA XXI

Séptimo dardo de amor á Dios.

¡Oh Señor y Dios mío! Cada día os experimento más bueno, más tierno y más misericordioso; no parece sino que crecen vuestros favores y vuestras liberalidades á medida que nosotros nos manifestamos menos fieles y agradecidos. Por lo menos yo, Salvador mío; yo, tan favorecido de Vos, tan amado de Vos, tan colmado de las riquezas soberanas de vuestra generosidad y vuestro amor, cada vez me parece que os amo menos, ó vuestro amor apenas subsiste en mí sin aumentarse y sin encenderse, cuando Vos me dáis siempre mayores muestras del que á mí me tenéis. ¡Dios

mío! ¿Cuándo crearéis en mí un corazón enteramente limpio, un corazón que no se deje contaminar por el soplo impuro de las criaturas, un corazón que no sepa elevarse más que á vos, latir sino para Vos, ni desear, ni sentir, ni amar sino únicamente á vos? ¿Cuándo viviré como peregrino en esta tierra miserable, como extranjero en medio de las criaturas, y como desterrado en esta tristísima mansión donde no os veo ni os amo como quisiera, y donde aún me ocupo durante muchos instantes en objetos que no son Vos? ¿Cuándo seréis Vos el único centro de mi corazón, el único amor de mi alma, el único blanco de mis deseos, y el sólo objeto de mi existencia?

¡Dios mío! ¿Por qué no ensancháis este pobre corazón para que pueda amaros un poco más, mientras llega el día felicísimo de la consumación de nuestro amor? ¿Por qué me dáis unos deseos tan grandes, tan ve-

hementes y tan encendidos, sin dejarme al mismo tiempo el gozo de poderlos realizar? ¡Oh Dios mío, esperanza mía, luz de mi vida y vida de mi alma! Yo siento en mí unas ansias de amaros que nada es capaz de entibiar; siento en mi corazón un fuego divino que Vos mismo me habéis encendido, y que, á medida que crece, me hace suspirar por verme abrasado en nuevos y más vivos ardores. ¡Yo os amo, Jesús mío! ¡Con qué gusto, con qué consuelo, con qué delicia pronuncio esta palabra, que sólo para Vos fué hecha, y que tan indignamente se profana! ¡Cómo me complace en avivar delante de Vos el fuego que en mi ruin corazón ha encendido vuestra mano divina! ¡Cómo me deleito en daros todos mis deseos, todos mis sentimientos, todo mi amor y toda mi vida, en compensación, aunque muy insuficiente, de los afectos que os arrebatan tantas criaturas! ¿Por qué, divino Salvador mío, mi

corazón no es tan ardiente, tan generoso y tan agradecido como el de Santa Teresa de Jesús, para consagraros alguna cosa más grande y menos indigna de vuestras miradas! Por eso muchas veces, al ver mi grande flaqueza y el amor que Vos merecéis, al comparar mi ingrata é infiel correspondencia con la inmensidad de vuestros favores, deseo ardientemente y os pido que otros os amen, os ruego que encendáis este fuego en otros mil corazones mucho mejor dispuestos que el mío; os suplico con ardientes instancias que mostréis vuestro rostro á tantas almas que, favorecidas de Vos como esta miserable, os corresponderían infinitamente mejor y alimentarían la santa llama de vuestro amor con exquisita fidelidad.

Como me miro tan débil y tan insuficiente para amaros, por eso quisiera que todos os amasen, que todos os conociesen, ó, ya que esto es imposible, que por lo menos las personas

con quienes yo trato, aquellas que me rodean y me favorecen; se vean más que otras encendidas en las llamas purísimas de vuestro amor.

Hoy reitero la misma petición, hoy renuevo los mismos ruegos con todo el ardor que os dignáis comunicarme; os suplico, amado Señor mío, que hagáis que os ame mucho, muchísimo, esa alma á quien estoy tan obligado, por quien os rogaré toda mi vida, que dirige ahora mis pasos en los caminos del espíritu; que se encienda, que se inflame, que se consuma en esos ardores suavísimos que á este pobre siervo vuestro habéis dado á gustar; que crezca más y más en santidad cada día; que adquiera la plenitud del espíritu sacerdotal; que se llene de una unción santa que encienda en vuestro amor á cuantos le escuchen, y que reciba luz para conocer más cada día este vaso de ignominia que Vos le habéis dado la misión de purificar y convertir en un

vaso de santidad y de honor. Os ruego por esas esposas vuestras que, arrojadas de su soledad y de su retiro, aún se esmeran por complaceros, y no tienen otro destino que servir; santificadlas, hacedlas conocer la grandeza de su estado y la multitud de las misericordias que les habéis hecho; ahí tenéis ¡oh Jesús mío! unos corazones muy bien dispuestos: tomadlos en vuestras manos, encendedlos en vuestro amor; convertidlas á todas en Catalinas ó en Teresas; vuelva á arder en el mundo el fuego suavísimo de aquellos seráficos corazones; volved á convertir á alguna alma siquiera, en Paraíso de vuestras delicias, á fin de que seáis amado con ardor aun en esta pobre y triste vida; prenda el fuego de vuestro amor en todas las almas; arda en todos los pechos, crezca y se propague en todos los corazones, para que podamos ser menos indignos de atraer vuestras miradas y de merecer vuestras bondades.

¡Que todas las criaturas os amen, que se unan los cielos á la tierra, los santos y los justos, los ángeles y los hombres, para cantaros un cántico nuevo y un himno de amor eterno; y que esta ruin criatura, que os habla y os lo pide, se vea también mezclada felizmente en este uniforme concierto de alabanzas y de amor, para que, formando parte de vuestros amadores de la tierra, se incorpore alguna vez con el gremio bienaventurado de vuestros eternos amadores en el cielo! Así sea.





VISITA XXII

Primera endología.

I. Amado Jesús mío, dulcísimo Redentor: dignate lavar mi alma con tu sangre preciosa y borrar con ella todos mis pecados; dignate extinguir y mortificar en mí todo lo que te desagrada, porque yo no deseo otra cosa que darte gusto y amarte con todo mi corazón, y con toda mi alma, y con todas mis fuerzas: dignate herosearme con las virtudes y los merecimientos de tu santa Humanidad; cría en mí un corazón limpio, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud; concédeme un espíritu tranquilo, límpido y sereno como el azul del firmamento; enciende en mí los

ardores de tu casto amor, y haz que sople sobre el huertecillo de mi alma el aura celestial, para que, disuelto el hielo de mi tibieza, se exhalen de ella los aromas de tu gracia.

II. ¡Oh abismo de amor! ¡Oh Jesús, mi Dios y mi alegría! ¡Oh luz antigua, luz de inmensa hermosura! Alumbra mi alma con la inefable serenidad de tu esplendor. ¿Cuándo amanecerás para mí, que anhelo á ti, antes que me envuelvan las tinieblas de la muerte? Mira, Señor, mira que quiero amarte con todas las fuerzas de mi pobre corazón: alienta tú mi debilidad, ayuda mi flaqueza, y hazme sentir los suaves influjos de tu dulce caridad; enciéndeme, abrázame enteramente en el fuego de tu amor.

III. ¡Oh Señor mío! Yo te adoro, yo te venero, te alabo y glorifico de cuantos modos me es posible.
¡Pues qué! ¿No eres tú, amado mío,

la amenidad de los cielos, y su decoro y su hermosura? ¿No eres tú acaso la dulzura de los sabores, y la fragancia de los aromas, y la suavidad de los sonidos, y la inefable delicia de los más estrechos abrazos?

¡Ah, Señor! ¡Que en verdad eres tú todo sereno, todo florido, todo amable, todo deseable! Tú eres mi vida, tú mi honra, tú mi consuelo; tú mi único y solo bien. Unge, pues, te ruego, lo más íntimo de mi corazón con el bálsamo precioso de tu gracia, para que rebosando todo en las delicias del santo amor, pueda ser de hoy en adelante un agradable holocausto, que arda siempre delante de ti en olor de suavidad.

IV. ¡Oh Jesús, confianza mía, yo me entrego todo á ti! Todo me ofrezco á ti, esperanza mía ciertísima. ¡Todome arrojó en ti, oh única salud mía! Ilumíname, enséñame, dirígeme y poséeme todo entero. Inclina,

Señor, los oídos de tu misericordia á los gemidos de este pobrecillo que te invoca. Yo no te pido sino una sola cosa, y ésta sola deseo: y es que hierva en mí tu amor; que venga á llenar el fondo de mi pecho la afluencia de la perfecta caridad, para que mi corazón, arrebatado, entone á ti, su amor, suaves cantares.

V. ¡Oh Jesús mío, fortaleza invencible y firmamento eterno, cuyo amor ha vencido la violencia de la muerte! Vivifica, enlaza y afirma en ti toda la substancia de mi espíritu. Haz que el óleo de tu amor me conforte en mis interiores desmayos y sequedades, para que, regocijado con la memoria de tu dulzura, me aliente y no desfallezca. Adorna el pobre huerto de mi corazón con las flores de la santa caridad, para que cuando á él descendas, encuentres allí la hermosura que te agrade.

VI. ¡Oh Jesús! ¡Oh Esposo celestial, radiante de hermosura! ¡Oh sacratísimo consolador de las almas santas, que proteges bajo la sombra de tus alas á los que en ti confían, librándolos de sus peligros, y recreas con la fragancia de las espirituales delicias á los que te aman, consolándolos en sus aficciones! Enciende, Señor, mi corazón en aquel fuego que viniste á traer á la tierra, y que con tanta ansia deseas ver encendido, para que yo te ame y te alabe de lo más íntimo de mi alma.

VII. ¡Oh llama esplendorosa, llama ardiente y consumidora! ¡Cuán invisiblemente resplandeces! ¡Cuán suavemente quemas! De ti sólo tengo sed ¡oh Jesús mío!; hambre tengo de ti; sólo á ti clamo con gran deseo de mi corazón, sin tener otras ansias que de ver tu divina y hermosa cara. Nada es para mí más suave que el estar contigo y unirme estrechamen-

te á ti, bien de mi vida. ¡Oh y quién me diera el poder estar delante de ti en todo tiempo y en todo lugar, con un corazón puro! ¡Entonces si que, amándote con perfección, tendría la dicha de tenerte dulcemente estrechado con los brazos de mi alma! Amén.

